**Sermón del 8 de enero de 2012**

**Textos: Génesis 1:1-5; 1:4-11.**

**Título: Sigamos el Espíritu de Jesús**

**Por César Moya**

**Introducción**

Durante este tiempo del calendario litúrgico estamos en tiempo de “epifanía”. Epifanía es una palabra que viene del griego, *epifaneia*, que significa “manifestación” (“sobremanifestación”) En otras palabras, estamos en el tiempo donde celebramos la manifestación del Hijo de Dios al mundo.

Hace ocho días reflexionábamos acá, en el primer culto del año, acerca de la manifestación de Jesús a los reyes de oriente, los magos, y cuán despistados estaban ellos cuando fueron a buscar al recién nacido rey en Jerusalén -centro del poder y de los poderosos- en lugar de buscarlo en belén, símbolo de lo pequeño e insignificante. Hoy reflexionaremos en cuanto a cómo se identifica al Cristo, al Mesías, al Hijo de Dios, que juzgará a mundo.

**Explicación**

Juan predicaba la necesidad de arrepentimiento en el bautismo que practicaba. Pero eso bautismo de Juan no era un *opus operatum* barato, es decir una obra ya hecha sin costos, algo que obraba casi de manera mágica sobre la persona para perdón de los pecados, tal como lo ha proclamado la iglesia tradicional. ¡No! Más bien, es un bautismo como preparación para el inminente juicio final de Dios.

Ese bautismo lo realizaba Juan en el río Jordán. ¡Qué interesante! No lo realizó en otro sitio. No lo realizó en otros ríos, o en otros lagos. El escritor bíblico ha escogido al río Jordán, especialmente porque allí se realizaban los ritos de purificación. Sin embargo, permítanme explicar otra posición teológica por la cual yo creo que el escritor bíblico escogió al río Jordán como el lugar geográfico para el bautismo de Jesús.

En primer lugar, la palabra Jordán significa “río perenne”, es decir que río que nunca acaba, que nunca se extingue, que no muere. Pero, otra cosa interesante es que el río siempre fue una barrera geográfica y cultural. Al lado occidental del río estaba el pueblo judío. Al lado oriental habitaban pueblos, en su mayoría paganos. Además, históricamente hay que resaltar dos hechos importantes para el pueblo judío. Uno es que Moisés siempre quiso que el pueblo cruzara el Jordán para que se cumpliera la promesa de Dios de introducir al pueblo en la tierra prometida. Y este obstáculo se venció mientras las aguas se detenían (Jo. 3:16). El otro es que Elías, después de cruzar el río Jordán, fue arrebatado al cielo y Eliseo tomó su lugar como profeta (2 R.2:7s;13s). Estas tres figuras del Antiguo Testamento tienen relación con el Mesías. En otras palabras, cruzar el Jordán era símbolo de alcanzar “el cielo”, disfrutar de una nueva vida, estar en la tierra prometida.

Entonces, ¿cuál es la relación de lo anterior con Jesús? Veamos. Jesús viene de Galilea al sitio intermedio, al límite geográfico de dos pueblos. Jesús viene al sitio que conecta geográficamente a pueblos diferentes. Ese sitio es el río Jordán. Es decir, se coloca en un posición intermedia entre el pueblo judío y el pueblo no judío. Entre el pueblo que decía gozar del favor de Dios y el pueblo que era considerado pagano, apartado de Dios. Entre el pueblo que adoraba al Dios único y verdadero, y el pueblo que adoraba a otros dioses. ¡Allí es donde Jesús es bautizado con el bautismo de arrepentimiento! Allí es donde Juan proclama que Jesús bautizará con Espíritu Santo *“Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo”*. Allí es donde Jesús fue bautizado y donde vino sobre él el Espíritu Santo *“Y luego, cuando subía del agua vio abrirse los cielos y al Espíritu como paloma que descendía sobre él”.*

Tal vez nosotros no le ponemos mucha atención a estas expresiones y las damos por entendidas. Pero en estas expresiones hay una riqueza teológica que desafía a la misión de la iglesia y a nosotros como cristianos y cristianas. Veamos.

El Mesías, bautizado en el Jordán, tiene un perfil y una misión contraria a los reyes de este mundo. El Mesías bautizado en el Jordán tiene el mismo Espíritu del Dios de la creación (Gen 1:1-5), tiene aquel Espíritu que se movía sobre la faz de las aguas, que separó la luz de las tinieblas, que trajo esperanza a una humanidad en caos, a una humanidad confundida, a una humanidad separada por límites geográficos, separada por diferencias culturales, separada por diferencias religiosas. El Espíritu con que Jesús bautiza es un Espíritu que no segrega, que no excluye, que no margina, que no discrimina, que no busca el mal del otro sino el bien. Que no levanta barreras sino que las derriba. Es un Espíritu que trae luz en medio de las tinieblas. ¡Amén! Jesús bautiza con este Espíritu, con Espíritu Santo. Jesús impulsa ese Espíritu en nosotros, él nos dinamiza con este Espíritu. ¡Amén! Ese Espíritu es un Espíritu de paz, de perdón, de reconciliación. ¡Amén!

Jesús nos introduce, nos sumerge, nos bautiza en un Espíritu comunitario, simbolizado en el texto con la paloma. En varios textos del Antiguo Testamento se relaciona al Pueblo de Dios con la paloma. Es decir, que ese Espíritu habita en el mismo pueblo de Dios, no en un sólo individuo. Jesús nos sumerge en un Espíritu que no busca el bien individual sino de la comunidad, que no busca lo suyo propio sino lo comunitario. Un Espíritu que nos hace ver y entender que Dios se encarna en la humanidad aquí en la tierra, un Dios que deja ver Su rostro a aquellos y aquellas que están dispuestos a comprometerse con la misión de Jesús, simbolizado en que “los cielos se abrieron”.

**Aplicación**

No es el bautismo con agua lo que nos dará el Espíritu de Jesús. ¡No! Eso hacían y hacen los reyes y poderosos que seguían y siguen un Espíritu contrario al Espíritu de la creación. Es necesario arrepentirse. Es necesario dejar acercarse a otro Espíritu, al Espíritu de Dios que es el mismo Espíritu que impulsó la misión de Jesús. El mismo Espíritu que nos da Jesús a los creyentes en él. Que nos dinamiza, que nos da poder, para hacer las obras que él hizo.

Sigamos aquel Espíritu que caracterizó a Jesús desde su bautismo. El Espíritu de reconciliación entre los seres humanos. Que derriba las diferencias culturales, raciales, religiosas. Que trabaja por el bien común. Que se preocupa por el bienestar de todos y no solo por el suyo.

Oremos pidiéndole a Dios que nos de ese Espíritu.